

Pérfidos objetos

Víctor Pliego

TODO falla y las compras resultan extenuantes por la amplia responsabilidad de gestiones postventa que conllevan para el comprador. El ordenador portátil se me murió a los dos años, recién vencido el plazo de garantía. En el ordenador de sobremesa falló la disquetera y tuve que gestionar una larga reclamación para que la sustituyeran sin quitarme la máquina entera, que uso a diario, y sin tener que borrar, como pretendían en la tienda, todo el disco duro con mis archivos y programas. Compré un aparato reproductor de “deuvedés” y solo leía los “deuvedés” que le daba en gana.

Tras tener que llevar el aparato a varias veces al servicio técnico y enviarlo fuera de Madrid, confirmaron mi observación sin averiguar la causa. Me hicieron perder mucho tiempo pero aceptaron la devolución de ese caprichoso artefacto y pude recuperar mi dinero, aunque no mi tiempo. Un móvil recién comprado tenía la pantalla a ratos oscura y hube de cambiarlo, porque sin ver la pantalla no sabes entenderte con el bicho. Compré unos radiotransmisores, pero hasta que no cargué las baterías en casa no pude descubrir que uno de ellos no se activaba. La tecnología tiene estas cosas: cada día es más compleja. No se puede verificar su funcionamiento como si fuera una bombilla que se compra en la ferretería. Pero también fallan los mecanismos más simples. Compré unas gafas nuevas, que en proporción a su tamaño tienen un precio desorbitado, y a los dos meses se les empezó a caer el barniz. También compré una agenda del 2007: ya se ha desencuadrado por tenerla abierta sobre la mesa. Antes no me pasaban estas cosas. Mi confianza en el comercio, en la tecnología y en el diseño está perdida. Comprar en estas condiciones no resulta nada agradable.